

GENERAL FRANCISCO MORAZÁN

SU RETRATO FÍSICO, MORAL Y MILITAR.

MORAZÁN era blanco y parecía revelar en sus perfiles, su origen corzo, aproximándose algún tanto al tipo griego. Alto, delgado, recto, marcial y continente digno, sereno, agradable y simpático. Sus maneras suaves, su acción desenvuelta con cultura y su palabra fácil, acompañada de una modulación irresistible; atractiva, como lo confesaban sus mismos adversarios. Ninguna frivolidad se notaba en sus costumbres, tan puras, sencillas y arregladas.

Huía de las diversiones, lo mismo que de exhibirse y lucirse. Evitaba las demostraciones de simpatía, los blanquetes y liviandades, pero le complacía en extremo el trato de los hombres ilustrados, aunque fueran sus enemigos. Respetuoso a las leyes, a las costumbres y a la sociedad, jamás se le escapó una palabra inconveniente o que revelara tan siquiera la superioridad de su posición, pues era incapaz de humillar o deprimir a nadie. En su fondo recto, severo, pundonoroso, humanitario, rendía culto a la justicia, y se hubiera condenado a sí mismo, tocándole el papel de Juez.

Despreciaba el lujo: su casa respiraba modesta decencia, su vestido en nada se distinguía del de los demás; levita de paño, sombrero de junco, pantalón blanco y un observador minucioso, que mucho se fijó en sus costumbres durante cinco años, le vio una sola vez con el uniforme de militar, el año de 38. Era enemigo de establecer diferencias de superioridad y distinguirse del pueblo. Al despacho del gobierno iba como todos los empleados de la Federación, de frac y sombrero bolero, nunca con galones. Jamás se le vio en la calle rodeado de edecanes, ni usó guardias en su casa.

Paseaba solo y vivía con su familia, sin ocupar en la servidumbre ningún oficial ni soldado. Nada de boato ni disipaciones, ni cosa alguna que pudiera empañar sus virtudes republicanas, profundamente arraigadas en aquel corazón magnánimo; y si tanto le amaban y respetaban, nadie le temió, porque jamás se le vio en acto de ferocidad ni ensañamiento. Sus mayores enemigos deponían sus iras en su presencia, porque viéndole, era imposible odiarle. Se excusaba pasar por los cuerpos de guardia y cuando no podía evitarlo, hacía suprimir los honores militares que consideraba muy propios para envanecer a unos y envilecer a otras. En los partes militares no se ocupaban de él, sino del ejército a quien atribuye todo el éxito. No alardea de sus triunfos, ni abulta los hechos, al contrario los rebaja. Hablando de la batalla de Las Charcas, no se refiere al arrojo, bravura y denuedo de los suyos; simplemente dice que los guatemaltecos huyeron sin motivo, dándole así el triunfo. Con rara habilidad evitó las ovaciones populares cuando volvió de las campañas, ocultando su marcha y derrotero; pero una vez la Municipalidad de San Vicente colocó sigilosamente espías en las alturas, que no tardaron en avisar su aproximación. El pueblo

en tropel salió a derramar guirnaldas y flores. Morazán abatido y abochornado, bajó la vista y pasó como ocultándose entre los Jefes. El más distraído observador habría notado en el semblante de Morazán, su abatimiento y bochorno. El gustaba entrar de noche o al amanecer, logrando así evitar el incienso de un pueblo que lo adoraba. La vanidad nunca tuvo asilo en aquel hombre virtuoso.

A. Grimaldi

Tomado de la Revista BOYACA

Año II Núm. 23

La Habana, Septiembre de 1942.